

DOSSIER

REVISTA DE PSICOLOGÍA DEL DEPORTE
Durán González, J. (1996)
Deporte, violencia y educación

DEPORTE, VIOLENCIA Y EDUCACION *

Javier Durán González

RESUMEN: El deporte moderno ha eliminado gran parte de los componentes de violencia física que caracterizaron históricamente la práctica deportiva. En la actualidad, el deporte espectáculo exalta a través de los medios de comunicación otro tipo de agresividad, aquella que glorifica la competitividad y exige la existencia de ganadores y perdedores en cualquier ámbito de la vida social. Frente a dicho modelo deportivo debe fomentarse el deporte educativo, que enseña que lo verdaderamente importante es jugar y divertirse, y que el contrincante es el compañero de juegos.

ABSTRACT: The modern conception of sports avoid the most part of the physical violence associated historically to the sportive practice. Now, the show-sport enhance -by means the media- a different type of agressivity. This agressivity points to the competition and the existence of both winners and losers in all the society fields. Face to this sportive pattern, we shall encourage the educative sport, which can learn the importance of the play and fun, and the idea that the opposer is really the game companion.

* El presente artículo amplía y desarrolla un reciente trabajo publicado por este autor en *Temas para el Debate*, 23, octubre, 1996.

Correspondencia: Javier González Durán, Doctor en Sociología y Profesor Titular de Sociología del Deporte en el Instituto Nacional de Educación Física de Madrid (Universidad Politécnica).

Introducción

El deporte es un fenómeno social y como tal exige ser aprehendido en su contexto histórico y sociológico. A mayor comprensión de las claves históricas y de la estructura social en la que se inserta el hecho deportivo mejor entenderemos éste; y a la inversa, su conocimiento y estudio mejorará la comprensión de nuestra propia sociedad (Elias, 1992).

Siendo consecuentes con la reflexión precedente, en este breve artículo vamos a ofrecer una visión histórica sobre la relación entre la violencia y el deporte, para finalizar analizando el papel del deporte en la sociedad actual en relación a la violencia y la educación.

Deporte, Violencia y Civilización ¹

Abordar desde una perspectiva histórica la relación entre violencia y deporte obliga a referirse al trabajo de Norbert Elias y Eric Dunning *Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización* (1992).

Ambos autores ayudan a superar la idea generalizada que existe en cuanto a considerar todo proceso de civilización como algo opuesto a cualquier tipo de violencia. Si tradicionalmente ambos conceptos se habían considerado antitéticos, su trabajo evidencia que uno y otro se caracterizan por formas específicas de interdependencia. La violencia no desaparece con la civilización, se transforma. La civilización se sustenta en gran medida en el control monopolístico por parte de los Estados modernos emergentes de los instrumentos y uso de la violencia.

Tras un período de luchas violentas entre reyes y señores feudales se produjo en Europa el establecimiento de monopolios de gobierno fuertes, estables y efectivos, sustentados en dos grandes derechos reforzados mutuamente: el derecho a hacer uso de la fuerza y el derecho a imponer impuestos. Transformaciones sociales que propiciaron intensos procesos civilizadores y de pacificación en el interior de los nuevos Estados y con ellos el crecimiento de la riqueza.

Estos cambios en el entramado social dejaron su huella también en la propia estructura psicológica de los individuos, los cuales al verse desposeídos de sus competencias bélicas, incluso de defensa (física) personal, desarrollaron mecanismos mentales que les facilitaron el desempeño de su nuevo rol. Las personas sentían como disminuían sus deseos de protagonizar y presenciar sucesos extremadamente crueles y violentos.

La evolución del deporte es un claro reflejo de este proceso civilizador que acaba de ser descrito.

Un repaso histórico a los juegos competitivos existentes a lo largo de diferentes

¹ Este apartado recoge parte del capítulo segundo «Violencia, Agresividad Social y Deporte», del libro *El Vandalismo en el Fútbol. Una reflexión sobre la violencia en la sociedad moderna* (Madrid: Gymnos,

épocas: Grecia y Roma Antigua, la Edad Media, el Renacimiento y finalmente los siglos XVIII y XIX, confirma claramente esta evolución civilizadora.

A pesar de que el moderno movimiento olímpico se ha esforzado por utilizar el modelo deportivo de la antigua Grecia como ideal de nobleza y ha tratado de identificarse con él (Barbero, 1993), la mayor parte de los historiadores han puesto de manifiesto que los ejercicios físico-competitivos realizados en aquella época eran incomparablemente más violentos que los deportes actuales.

El pancracio, modalidad de combate integrada en los concursos olímpicos antiguos (siglo IV a. de J.C.) es un ejemplo evidente. En ella estaban permitidos golpes de todas clases: patadas, mordiscos, torceduras, dislocaciones y hasta el mismo estrangulamiento. El grado de violencia física tolerado era incomparablemente más elevado que el admitido actualmente en cualquier deporte de lucha.

Si con respecto a Grecia podían existir algunas dudas por la sesgada interpretación que se ha hecho de su «modelo deportivo», con respecto a los juegos romanos ha existido siempre una total unanimidad en calificarlos como enormemente crueles. La brutalidad de los combates de gladiadores son de sobras conocidos.

Este clima de violencia no se limitaba a la arena de los Circos, también afectaba al comportamiento de los asistentes a dichos espectáculos que con frecuencia tenían que ser controlados mediante porras y látigos. Las ya clásicas facciones de «verdes» y «azules» protagonizaron sucesos gravísimos que llegaron incluso a ocasionar 30.000 muertos.

Como se ha señalado las 39 víctimas en el estadio Heysel de Bruselas (Rimé et al., 1985), e incluso los 318 estimados en el partido Perú-Argentina jugado en Lima en 1964, la peor catástrofe del fútbol en nuestros tiempos, se sitúan —y no se trata evidentemente de restar un ápice de importancia a esos trágicos hechos— en una perspectiva bastante diferente (Dunning et al., 1988a).

Durante la Edad Media los torneos, ejercicios restringidos a caballeros y señores, experimentaron asimismo un claro descenso en cuanto a los niveles de violencia real tolerada en ellos. Los controles para regular los excesos violentos ocasionados con motivo de estas prácticas fueron cada vez mayores.

En relación a los juegos de pelota practicados en el Renacimiento y considerados por muchos como los primeros antecedentes de algunos de los deportes actuales más conocidos como el fútbol o el rugby, debe decirse que se caracterizaban por un escaso nivel de organización. Esta menor regulación y normalización se evidencia en cuestiones tales como el número variable de participantes en ellos, llegándose incluso a sobrepasar el millar; la no necesaria igualdad numérica entre los equipos contendientes; la enorme variabilidad en las reglas según las zonas geográficas en las que se practicaba; o en la falta de lugares definidos en los que desarrollarse el juego el cual podía celebrarse en las propias calles de las ciudades o en pleno campo.

Pese a esta evidente heterogeneidad se destaca no obstante un rasgo común a todos estos juegos populares de pelota, y era que implicaban un nivel general de violencia física mucho más alto que el que hoy en día se permite en el rugby, fútbol u otros juegos parecidos. Desde nuestra perspectiva actual los tacharíamos sin duda de

enormemente salvajes y brutales (Dunning et al. 1981, 1988b).

El progresivo proceso de reglamentación que experimentaron tanto los ejercicios de caza, de lucha, las propias competiciones atléticas y por supuesto los más modernos juegos de pelota durante los siglos XVIII y XIX, se encuentra estrechamente relacionado con el menor grado de violencia tolerada en ellos. Todas las transformaciones sufridas por estas modalidades las encaminaban hacia formas mucho más organizadas, institucionalizadas, estables y desde luego menos violentas y más civilizadas. Aspectos formales como la limitación en el número de jugadores y la igualdad numérica entre los adversarios, la aparición de reglas escritas, e incluso determinados cambios en las actitudes mentales de los propios jugadores en el sentido de un mayor autocontrol en el uso de la fuerza física, son claros ejemplos de dicha evolución.

En definitiva el deporte moderno emerge como reflejo microcósmico del proceso civilizador general que experimentaron nuestras sociedades.

A pesar de que siempre que ocurre algún incidente violento grave en los espectáculos deportivos actuales se alzan voces señalando que el nivel de violencia deportiva está alcanzando cotas sin precedentes (Carroll, 1980), lo cierto es que el rigor de los análisis sociológicos muestran con toda claridad el menor grado de violencia física admitido en los actuales eventos deportivos en comparación con cualquier otro período histórico. La propia alarma social que origina cualquier tragedia o accidente que sucede en ellos actualmente es la mejor constatación de esta mayor sensibilidad social existente (Dunning et al., 1988c).

El propio fenómeno del vandalismo en el fútbol, que podría interpretarse como un retroceso en esta evolución, ha servido para sentar las bases de otro empuje civilizador todavía mayor en los modernos espectáculos deportivos (Dunning et al., 1984).

La tragedia de Heysel provocó tal reacción social y política, tanto a nivel nacional como internacional (Rimé y Leyens, 1988), que el problema de la inseguridad en el interior de los recintos deportivos se encuentra prácticamente en vías de extinción. Ahí están sino las reformas arquitectónicas obligatorias en los grandes estadios de fútbol europeos, donde todo espectador debe permanecer sentado durante el evento, e incluso la desaparición progresiva de las vallas que rodean los terrenos de juego (Dunning et al., 1992).²

El fútbol profesional, máximo exponente del deporte espectáculo en prácticamente todo el mundo, está experimentando una clara transformación hacia lo que podríamos denominar el modelo de deporte espectáculo norteamericano. Entre los cambios que se detectan apuntamos entre otros: un peso cada vez mayor del sentido comercial y espectacular del mismo; la generación de un disfrute emocional mucho

1996), que el autor acaba de publicar.

² Mientras en Inglaterra la práctica totalidad de estadios ya han suprimido las vallas, en nuestro país el F.C. Barcelona ha sido el primer club al que se le ha permitido, con carácter experimental, dicha supresión. En marzo de 1995 la Federación Española de Fútbol anunciaba definitivamente la eliminación de la

más racional, festivo y civilizado; un clima de mayor seguridad y comodidad en los estadios que incita a asistir a los mismos en familia; y el encarecimiento del coste de las localidades lo que eleva significativamente el estatus socioeconómico de los asistentes. Todos ellos, evidentemente, fenómenos estrechamente interrelacionados. El último mundial de fútbol celebrado en EE.UU. o la reciente Eurocopa desarrollada en Inglaterra han sido claros exponentes de esta evolución. Es lógico que en estas condiciones la violencia física, en cualquiera de sus formas, encuentre en estos espectáculos un rechazo social cada vez más elevado.

Evidenciar el proceso civilizador de nuestras sociedades no debe interpretarse, en modo alguno, como una invitación al conformismo o al conservadurismo, todo lo contrario. El progreso humano y social, por su propia esencia, debe hacer de nosotros individuos cada vez más exigentes con nuestro entorno y con nosotros mismos. Bajo esta óptica crítica, de progreso y mejora social permanente, exponemos a continuación una breve reflexión sobre los diferentes modelos deportivos en las modernas sociedades.

Deporte Espectáculo y Deporte Educativo en la sociedad actual

Si realmente el deporte espectáculo limita cada vez más los comportamientos de violencia física tanto en el terreno de juego como en las gradas, no es menos cierto que, a través de los grandes medios de comunicación, exalta otro tipo de agresividad, más amoral que física, aquella que glorifica la **competitividad**, que exige la existencia en todos los órdenes de la vida de ganadores y perdedores, en el trabajo, en las relaciones de pareja, en la propia familia.

No puede extrañar por ejemplo, que en el fútbol profesional afloran directivos sin escrúpulos, individuos que anteponen sus propios intereses a cualquier responsabilidad ética, y que no dudan en ir sembrando odios y resentimientos. Les trae sin cuidado la repercusión que sus palabras y actos puedan tener en amplios sectores juveniles. Es ciertamente penosos que estos personajes se conviertan, por la indudable repercusión del fútbol profesional, en verdaderos modelos sociales para muchos jóvenes.

Tal y como señala Vázquez Montalbán, estos dirigentes se erigen en:

(...) caudillos de ejércitos simbólicos que manipulan millares, millones de conciencias.

La hinchada de cada club de fútbol es un ejército simbólico no siempre desarmado. De la naturaleza del líder del club depende en buena medida el comportamiento de esos ejércitos de soldados que van al campo a romperle la crisma al adversario, no siempre simbólicamente. Si el presidente del club es un personaje zafio, marrullero y violento está proponiendo esa norma de conducta como una jerarquía de valores a asumir por sus seguidores (1996,13).

En términos muy parecidos se expresa el sociólogo Amando de Miguel cuando afirma que son los propios clubes y sus presidentes los que:

(...) fomentan la violencia a través del cultivo de los grupos fanáticos. En la medida en que el fútbol es ya un programa de la televisión, lo que ocurre en las gradas forma parte del espectáculo. Ya no son ventitantos los actores del drama, sino decenas de miles. Si no fuera así, los clubes no ganarían tanto dinero y lo suyo es ganar dinero. Así que nada de escandalizarse farsaicamente con los excesos de los fanáticos. Son criaturas de la organización (Diario 16, 31–3–95).

Ese caldo de cultivo explica en gran medida el incremento de actitudes racistas y xenófobas en los estadios de fútbol. En toda Europa es bien conocida la infiltración de miembros de estos movimientos entre las jóvenes hinchadas radicales. Bill Buford (1992) ha descrito con toda claridad los mecanismos y estrategias que está siguiendo en Inglaterra el National Front, partido que agrupa a movimientos y colectivos racistas de extrema derecha, para reclutar «mano de obra» entre los hinchas futbolísticos. Ejemplos similares se dan en Austria, Francia, Italia, Alemania, Holanda..., en definitiva en prácticamente la totalidad de países europeos.

Nuestro país no es una excepción (De Antón, 1988, 1992). Desde 1987 existen abundantes ejemplos que vinculan a ciertos miembros de hinchadas radicales del fútbol con agresiones y asesinatos de naturaleza racista y xenófoba. El punto más álgido llegó con la constatación de que un miembro de la hinchada radical del Real Madrid *Ultras Sur* había participado activamente en el asesinato racista y xenófobo de la dominicana Lucrecia Pérez .

Este modelo deportivo como muy bien señala Gutiérrez Sanmartín (1995), refuerza un modelo de sociedad «cargada de individualismo y encaminada hacia el triunfo y el éxito personal como forma más apropiada de alcanzar la supuesta felicidad terrenal, una sociedad en la que el consumo, la propiedad y la acaparación de poder y prestigio, constituyen las guías fundamentales del proyecto de vida de muchos seres humanos». Este deporte profesional y espectacular se constituye sin duda en máximo *símbolo* de una sociedad consumista y competitiva en el que los valores supremos los ostentan el triunfo, el éxito, la fama y el dinero derivado de ellos. Una sociedad que nos bombardea una y otra vez con estereotipos idealizados de consumo, de victorias, de belleza física, pero que nos oculta la realidad más evidente, que son inalcanzables para la práctica mayoría de las personas. Esta visión engañosa del mundo sin la más mínima arruga es origen de muchas frustraciones e infelicidades. Problemas generalizados actualmente como la droga o el alcoholismo son consecuencia de esta distorsión social que padecemos y que conduce a una falta de aceptación de nuestras propias limitaciones y con ello de nosotros mismos.

Se trata además de una lógica humana y social tremendamente negativa, porque

no acepta ni valora al individuo por sí mismo sino en cuanto vencedor de otro. Lo que conduce a un *eterno inconformismo*, pero también a la *insolidaridad* y a la *intolerancia* con los perdedores en cualquier orden de la vida.

Lo realmente grave es que, en muchas ocasiones, la retórica oficial nos envuelve ese modelo deportivo profesional y espectacular con una aureola *moral y educativa* que dificulta realmente la adopción de posturas críticas frente al mismo como muy bien ha señalado Barbero (1993). Se trata obviamente de una compleja coartada ideológica–comercial para vender mejor el «producto».

Es un tremendo error que nuestros jóvenes se inicien en la práctica deportiva pensando en llegar a ser un Indurain o un De la Peña. Investigaciones en el ámbito deportivo–educativo han puesto de evidencia que guiar al niño a temprana edad por dicho modelo conduce a la desilusión, la frustración y en corto período de tiempo al abandono de dicha práctica. En la mayoría de casos son los propios padres, entrenadores y educadores quienes, por propio egoísmo, conducen al niño por esa vía equivocada.

Frente a este modelo coexiste el verdadero deporte educativo. Aquel que enseña que lo verdaderamente importante no es ganar sino jugar y divertirse; que el contrincante no es más que nuestro compañero de juego; que por encima de los competidores existen, como en la propia vida, unas reglas que deben respetarse pues garantizan la convivencia; que perder en una competición deportiva no disminuye un ápice nuestro valor como personas.

A pesar de que el deporte espectáculo trata de adornarse con estos valores morales y educativos, se trata de una compleja coartada ideológica–comercial para vender mejor el «producto». Lo cierto es que en dichos niveles el deporte se encuentra absolutamente profesionalizado y comercializado y lo único que realmente interesa en él es el triunfo, el éxito, el récord, en definitiva, el dinero que pueda generar.

Son los verdaderos educadores físico–deportivos los que realmente pueden guiar a nuestros jóvenes a descubrir el «otro deporte», el verdadero y auténtico, el que les va a acompañar a lo largo de sus vidas, el que va a ser fuente de salud y amistad, el que les va a ayudar a conocerse mejor y aceptarse a sí mismos con las propias y humanas limitaciones, el que hará de ellos mejores personas.

Referencias

- Barbero, J.I. (1993) Introducción. En I. Barbero (ed). *Materiales de sociología del deporte* (9–38). Madrid: La Piqueta.
- Buford, B. (1992). *Entre los vándalos*, Barcelona, Anagrama. (Ed. or. 1990).
- Carroll, R. (1980). Football Hooliganism in England. *International Review of Sport Sociology*, 15/2, 77–92.
- De Antón, J. (1988). Violencia, Juventud y Deporte. *Ciencia Policial*, 3, 32–69.
- De Antón, J. (1992). Los cabezas rapadas. *Policía*, 79, 17–22.
- Dunning, E., Murphy, P. y Williams, J. (1981). Ordered Segmentation and the Sociogenesis of Football Hooligan Violence: A critique of Marsh's 'Ritualized

- Aggression'. Hypothesis and the Outline of a Sociological Alternative. En A. Tomlinson (comp.), *The Sociological Study of Sport: Configurational and Interpretative Studies*, Brighton, 36–52.
- Dunning, E., Murphy, P. y Williams, J. (1984). Football Hooliganism in Britain before the First World War. *International Review for the Sociology of Sport*, 3/4, 215–240.
- Dunning, E., Murphy, P. y Williams, J. (1988a). *The Roots of Football Hooliganism. An Historical and Sociological Study*, Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Dunning, E., Murphy, P. y Williams, J. (1988b). Why 'core' soccer hooligans fight: aspects of a sociological diagnosis. En T. Reilly et al. (eds.), *Science and Football* (Proceedings of the first World Congress of Science and Football, Liverpool 13–17 April 1987), Londres: E. & F. N. Spon, 561–571.
- Dunning, E., Murphy, P. y Williams, J. (1988c). Informales, Pandillas de Grada y Compañía de pelea: hacia una explicación sociológica del vandalismo en el fútbol. En D. Riches (ed.), *El fenómeno de la Violencia* (225–249). Madrid: Pirámide. (Ed. or. 1986).
- Dunning, E., Murphy, P. y Williams, J. (1992). La violencia de los espectadores en los partidos de fútbol: hacia una explicación sociológica. En N. Elias y E. Dunning (comps.), *Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización* (295–322). México: Fondo de Cultura Económica. (Ed. or. 1986).
- Durán, J. (1996). *El Vandalismo en el Fútbol. Una reflexión sobre la violencia en la sociedad moderna*. Madrid: Gymnos.
- Elias, N. (1992). Introducción. En N. Elias y E. Dunning (comps.), *Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización* (31–81). México: Fondo de Cultura Económica. (Ed. or. 1986).
- Elias, N. y Dunning, E. (1992). *Deporte y Ocio en el Proceso de la Civilización*. México: Fondo de Cultura Económica. (Ed. or. 1986).
- Gutiérrez Sanmartín, M. (1995). *Valores sociales y Deporte. La Actividad Física y el Deporte como transmisores de valores sociales y personales*. Madrid, Gymnos.
- Rimé, B. et al. (1985). *Elements pour l'analyse des evenements du Heysel survenus le 29 mai 1985 a Bruxelles*. Univ. Louvaine–La–Neuve, pp. 10.
- Rimé, B. y Leyens, J.P. (1988). Violence dans les stades: la réponse des psychologues. *La Recherche*, 19, 198, 528–531.
- Taylor, I. (1971). Football Mad: A Speculative Sociology of football Hooliganism. En E. Dunning (ed.), *The Sociology of Sport* (352–377). Londres: Frank Cass.
- Vázquez Montalbán, M. (1996). Prólogo. En J. Durán, *El Vandalismo en el Fútbol. Una reflexión sobre la violencia en la sociedad moderna* (13–15). Madrid: Gymnos.

obligatoriedad de las vallas en primera y segunda división, bien es cierto que sólo en aquellos estadios en los que todas las localidades fueran de asiento.